

GLOSARIO SENCILLO

Un animal perfecto

¿CUÁL es el animal más perfecto? Si a mí se me formulase tal pregunta, no vacilaría en contestar: el elector. El elector es una criatura, sería ya demasiado injurioso decir que es un bicho o un ejemplar zoológico, o un sér, como preferirían los metafísicos; una criatura que posee tan maravillosos, y complejos instintos, un sistema tan aparentemente coordinado de acciones y de reacciones, de esperanzas y temores, que logra con frecuencia dar la ilusión de que es un hombre. Ya el simple ciudadano ha sido analizado con cruel frialdad, y su esclavitud horrenda, aceptada y deseada por él, ha dado motivo a desoladas divagaciones. El ciudadano vive su azarosa vida vejado, perseguido, mutilado, cohibido, atemorizado, por la ley que, en cambio, le regala ese título irrisorio. Porque es ciudadano y para que pueda conservar esa categoría, paga impuestos, tolera el abusivo gravamen de inocentes e improductivas actividades, y tiene que adherirle una placa de metal a su perro para que se le deje pasear con él a lo largo de las avenidas llenas de un polvo asesino, satánica maceración de bacilos, y en medio de las bárbaras estridencias de la mecánica puesta al servicio del vértigo. Pero el elector, el sufragante, es, como animal, un dechado más completo.

Es, por esencia, un animal de carga, un simple vehículo de ajenas ideas, de ajenas ambiciones. El elector recibe influencias extrañas, sin saber nunca cuál es su origen ni a dónde se encaminan. El tiene la extraña facultad, que todavía no se ha examinado con detención, de asimilar los conceptos de quienes lo apacientan, en forma tal que a poco andar cree que son propios, que nacieron en su rudimentario pensamiento, que son de su exclusiva invención. De ahí que se agite y se retuerza en las manifestaciones públicas, en las reuniones de los comités, y lance gritos continuos, violentos, cada vez más roncós, en los que repite con aparente convicción el rabioso anhelo de ver aniquilado al adversario. Deseo suicida, como es obvio, porque el elector azul o rojo no puede subsistir sino mientras exista su contrario. Desaparecido el uno, el otro no tiene a quién señalarle los puños ni los dientes, a quien denostar y ofender, y entonces va cayendo en un sopor cada vez más profundo, que es precursor de la muerte. El elector de todos los colores se cultiva en el mismo caldo, en un medio glutinoso, tan lejano de lo que pudiera ser una pasta tersa y dura, como de un li-

quido diáfano. Es en aquella zona penumbrosa de la política convencional e hipócrita, donde se agitan intereses realmente solidarios pero cuyo espíritu de lucro les aconseja pasar como enemigos ante el pueblo; es en ese limbo que circunda a los partidos que por encima del latido humano cuidan de sus negocios y de sus bienes, donde pulula el elector con una tendencia incoercible a reproducirse.

Más que el loro, mucho más que el mono, el elector, ese animal sabio que se acerca a la urna con un pequeño sobre en una de las patas delanteras, lo deposita con cuidado y sale por otra puerta haciéndoles a los jurados una graciosa reverencia, se asemeja al hombre, al hombre independiente que se rige a sí mismo, que se gobierna siempre por los dictados de su conciencia. Para quien no sea un experto en la zoología social, el sufragante pasaría por un individuo que avanza por su propia inspiración, que llega solo al toril electoral, que no fué aleccionado ni conducido por nadie. Es un autómatá construído con tan nimio esmero, con tan estricto y minucioso cuidado de los detalles, que, como dije, es el primero en ilusionarse y en concederse fueros de persona consciente, los que suele hacer respetar a tiros. Hay un rasgo, sin embargo, que lo denuncia y lo desnuda. El elector no se encuentra solo nunca. Vive en manadas, en grandes o pequeños rebaños, a veces sedentarios, nómadas a veces, y no se aparta del pastor sino muy pocos metros. El elector abandonado, aislado, huye o se desbarata. El llena su función mecánicamente, y como esos caballos de los mayordomos y pajes que se detienen en todas las tiendas de los caminos creyendo que su ocasional jinete posee las mismas costumbres de sus amos, el elector pára frente a cada urna y trata de penetrar al jurado para introducir la boleta que se le va colocando en los dedos. Boliche trágico en ocasiones, rueda por el suelo, hecho pedazos, roto por los proyectiles que disparan los fantoches del orden. Sin embargo, lo más común es verlo en el crepúsculo de las jornadas electorales, agitando desafortadamente los brazos, chillando injurias y vítores, sin que siempre sea fácil adivinar en dónde se ocultan los artistas que con insuperable maestría agitan las cuerdas de ese pequeño y ululante mundo de cartón.

El elector se renueva en cada temporada como cualquiera otro juguete. Así como llega el momento en que vemos llenarse las vitrinas con antifaces, narices y cucuruchos para el carnaval, o con los innumerables y frágiles objetos que alegrarán a los niños en la noche de navidad, también suena la hora en que los del oficio sacan sus muñecos sufragantes, los sacuden, los limpian, los barnizan, y hacen los que les faltan. Todos hemos observado que después de veinte o más años de vivir en una ciudad pequeña, en donde todo el mundo se conoce, el día de elecciones vemos una gente rigurosamente inédita, de tipo aproximadamente igual, con la cual ni siquiera habíamos soñado, y que llega, ejecuta determinados movimientos y se va sin que jamás logremos volver a encontrarla. Son los electores, estos polichinelas animados, estos animales furtivos y prudentes, que los grandes políticos dejan periódicamente escapar de su caja o de su jaula, pero que luego son recogidos con escrúpulo para sanarlos de los desperfectos que pudieran sufrir.

No es el elector, digámoslo para ser justos, un animal voraz, pero sí un animal goloso. Quienes lo conocen bien por haberlo amaestrado, prefieren siempre tenerlo a media ración, para conservar le agilidad y para mantenerlo en un estado fácil a la cólera, propicio a la dentellada. Por lo general, suele halagársele más bien con bebidas que, recordándole su desgracia, lo tornan agresivo. Pero esta es la culpa de los que lo manejan. El elector por sí mismo es un animal paciente, lento, taciturno inofensivo.

(El Diario Nacional, Bogotá).

La miseria infantil

LA única miseria que no tiene explicación es la de los niños. Aunque no se tenga de ella la idea de que es el fruto maldito de la injusticia social y de la organización económica; aunque se piense todavía, con un criterio bíblico, que es el castigo de los pecados cometidos por el miserable, por sus padres o por sus abuelos; de todas maneras la pobreza en los niños, cuando ya llega al extremo de carecer de lo indispensable, subleva las almas, las entristece y las conturba, repugna a nuestras instintivas nociones de equidad. Si no acertamos a concebir el dolor físico en los niños sino como una aberración monstruosa; si la muerte de un niño